

### *Al Día*

Como ayer hasta bien entrada la noche, hoy ya desde la mañana mi hermano se ha puesto a buscarlo. La vieja, con una mano en la cintura, sólo atina a escarbar la tierra del patio con la otra, en procura de algunos carbones que todavía le puedan servir. La verdad que yo tampoco sé dónde se habrá metido. Para mí que ya se lo robaron. Deambulo por el fondo; en el lote vecino, separado del nuestro por un alambre cada día más flojo, no se ve a nadie. Salen de madrugada a las cortadas y ella se va a hacer la limpieza y a lavar ropa en las casas del centro; los más chicos piden plata en el hotel de frente a la plaza. El estómago me tironea y siento en la boca un sabor amargo y seco. Mi hermano deja por el momento de buscarlo para preparar la olla desportillada y cubierta de tizne, le pone agua hasta el tope antes de llegarse al árbol del fondo y sacudirlo furiosamente. Sólo consigue que le caigan algunas hojas. Mishi, mishi, mishi, se pasea gritando y haciendo sonar los dedos. Ahora retorna al árbol y lo trepa; lo oigo hurgar entre las ramas sin dejar de llamarlo a los gritos.

Me vuelvo a la cama, me tiro vestido y me pongo a mirar la pared de ladrillos colocados sin mezcla uno encima de otro, las rendijas tapadas con papel de diario. Anoche, los retorcionones no me dejaban dormir; únicamente se me pasaban un poco cuando me ponía las palmas de ambas manos encima del estómago hasta que entrara en calor. Ya me estaba adormeciendo así cuando lo sentí subirse de un brinco y echarse a mis pies; debía ser ya bastante tarde porque el otro roncaba en el catre de contra la ventana abierta para que entrara aire. Me senté sin hacer ruido, lo alcé en mis brazos y lo metí adentro de la cama, a mi lado. La tibieza de su ronroneo me hizo dormir enseguida. Ya no estaba cuando me despertó para preguntarme si yo no había sentido. Está bien que sea mi hermano mayor, que me lleve más de dos años, pero eso no le da ningún derecho a zamarronearme de ese modo, qué se cree. La vieja siguió limpiando como sordomuda el brasero de lata; terminó y se puso a afilar el cuchillo viejo sobre la piedra de moler ají.

Le repetí una montonera de veces que desde ayer que no lo veía; a lo mejor lo apretó uno de esos camiones que pasan a cada rato cargados de arena y piedra; se lo robaron, qué sé yo, que se joda por callejero. Me fulminó con los ojos. Y a mí qué me importa, que le encuentre él, qué hinchar.

Ni siquiera estaba el viejo. Como todos los días había salido oscuro con su bolsa de arpillera al hombro.

Me zumba la cabeza y es como si toda la sangre se me amontonara entre las sienes. Así que me levanto nomás y me lavo la cara refregándome los ojos como para despabilarme. En el cajón del pan no hay ni migas y la pava sigue llena de agua fría, como todo el día de ayer. Mi hermano entra; está despeinado, el cabello reseco y con la vista irritada, se pasa la lengua por los labios blanquecinos; busca otra vez debajo de las camas, ahora sobre el aparador; vuela bruscamente el polvo y nos hace toser y cerrar los ojos cuando tira al suelo unas cajas de zapatos vacías. Se apoya contra la pared, las manos en los bolsillos. Se me acerca; se lo tengo que jurar a la fuerza como tres veces y aún me quedan doliéndome los brazos. Me empuja, sale y se sube al techo de chapas de cartón que con su peso poco falta para que se venga abajo. La vieja deja de quebrar maderitas para ponerlas a secarse al sol y alza los ojos, lo observa; tose al último tapándose la boca; se arregla los cabellos blancos y vuelve su mirada hacia el fondo de la calle por donde acaba de pasar otro ómnibus dejando una nube de polvo. Recién cuando se disipa y está segura se sienta en el banquito de hierro de la galería y cierra los ojos; el sol alto ya le da en plena cara.

El aire comienza a derretirse alrededor de mi garganta, a pesarme en los hombros, a hacer lentos mis ademanes, inseguros mis pasos. Me está volviendo el dolor de estómago y la saliva se agolpa en mi boca y me cuesta tragar. Eructo con mayor frecuencia, y a cada eructo me duele más el pecho. Se ha puesto a buscar a las

patadas entre los yuyos altos del fondo. Mishi, mishi, mishi y sus dedos castañean secos en el silencio.

La vieja dormita, la quijada sobre el pecho, las manos en los bolsillos de su abrigo desteñido. Me vuelvo directamente a la cama destendida. Me acuesto boca abajo, entibiándome con las manos el filo helado que me parte los intestinos. La cara se me humedece, la saliva corre por entre mis labios quebrajeados y moja el saco que uso de almohada, hasta que los gritos de la vieja más lejanos que nunca me hacen poner lentamente de pie. El mareo es como para voltearme, la luz amarilla y reseca me lastima los ojos, tengo el eructo duro y trancado, la lengua hinchada y áspera.

El viejo ha vuelto y sobre la mesa están las tiras de pan francés y el paquete de mortadela con los que la vieja va a empezar a hacernos sánguchis. Deben ser como las seis de la tarde por la sombra que se forma en la pared. El viejo todavía transpirado, sin sentarse, se abre la camisa para darse aire con el cartón de aventar el brasero. Mi hermano entra como una tromba, se abalanza sobre el pan, corta un pedazo con la mano nomás, rompe a los manotazos el papel del envoltorio para sacarse dos rodajas de fiambre; se sienta a comer sin mirar a nadie, mastica apurándose y se le nota en la nuez de la garganta cada vez que traga; por ahí se atora, se levanta, tose, se congestiona, sale a escupir y otra vez entra a sentarse y seguir masticando. Sólo se escucha su masticación y el ruido del cuchillo viejito con el que la vieja va cortando las tiras. Recién siento su rumoreo y que se refriega contra mis canillas, la cola vertical y dura. Mi hermano sin dejar de comer se agacha a mirarlo debajo de la mesa; entonces junta cáscaras de mortadela y migas de pan y se las da. Las engulle en un ratito y a los maullidos, poniéndose en dos patas, rasguñándole el pantalón, le pide más. Mi hermano saca un trozo del sánguchi que le acaba de alcanzar la vieja y se lo da en la boca. Le tiemblan los bigotitos, asoma el brillo húmedo de sus dientes y relucen también sus ojitos redondos y verdes. Con el pedazo en la boca se va refunfuñando a arrinconarse. Recién recibo el sánguchi que me corresponde. Le pego un mordisco y comienzo a masticar; sin apuro. El viejo nos da la espalda; mira, aún de pie, masticando también, la luz que pronto va a dejar de entrar.

**Carlos Hugo Aparicio.** Nació en La Quiaca, Jujuy, en 1935, pero desde los 12 años reside en Salta. Desde *Los bultos* (1974), libro al que pertenece "*Al día*", ha publicado poesía, cuentos y artículos en diversos medios de todo el país. En 1993 recibió el 2º Premio Nacional de Literatura.